

Gutiérrez-Solana tiene, en ciertas tertulias literarias, fama de hombre extraordinario y de artista singular. No niego ni lo uno ni lo otro. Podrá ser todo lo extraordinario y singular que quieran, siempre que no se entienda por eso la virtualidad de un pintor eminente. Confieso que hasta ahora las obras que llevo vistas de Gutiérrez-Solana no han causado en mi espíritu ninguna afirmación; tal vez se deba a mi incapacidad estética, pero yo estoy obligado a decir la verdad de mis opiniones.

«La guerra» parece un cuadro alemán del siglo xv o xvi. «Las peinadoras» es un lienzo hórrido, repugnante y bituminoso que produce asco. «Los clowns», una infantilidad. Es el que mejor parece porque el pintor ha encontrado el fácil arbitrio de embadurnar de blanco las caras y no dar impresión ninguna de humanidad; podía servir lindamente para anuncio de una barraca de feria. «La tertulia del Café de Pombo», que por sus pretensiones podía ser una obra maestra, no prueba más que la impotencia técnica y la parvedad intelectual del pintor. Ni son retratos, ni son interpretaciones más o menos personales de las psicologías de los personajes, ni hay en el cuadro nada que revele el sentimiento artístico. Es vulgar de composición y misero de medios expresivos. Los personajes parecen muñecos de trapo inexpresivos que están esperando la mano experta del ventrilocuo para que los anime y los saque de su hieratismo un poco grotesco.

Gustavo de Maestre presenta dos grandes telas decorativas que podían ser dos soberbias pinturas murales. Su amplio estilo de solemne y majestuoso ritmo, sus graves acordes de color y su fácil y expresivo simbolismo, las hacen simpáticas y agradables. Podían señalarse durezas e incorrecciones de no escasa monta; pero se las perdona muy a gusto, considerando que el pintor no ha querido ser correcto para ser expresivo, recio y sintético, y para que la emoción y la belleza se perciban en toda su intensidad, de un golpe.

De las firmas nuevas o menos conocidas, nos cabe po-